

Lunes V de Cuaresma



Lunes 18 de marzo de 2024

Dn 13, 1-9.15-17.19-30.33-62

Sal 22

Jn 8, 1-11

P. Eduardo Suanzes, msp

*Hoy la tierra y los cielos me sonrén,
hoy llega al fondo de mi alma el sol,
hoy la he visto..., la he visto y me ha mirado...,
¡hoy creo en Dios!¹*

Esta rima del poeta Bécquer nos hace ver cómo una mirada puede transformar el interior de una persona. Él está hablando de su amada, naturalmente, pero nos sirve de fundamento y pie para meditar en la mirada de Jesús, en la mirada de Dios. Es cierto: hay miradas que matan, otras que son indiferentes... Pero hay otras que transforman por dentro, porque son miradas de amor. Benedicto XVI, en su encíclica sobre el amor, dice que Jesús porque ama tiene un “**corazón que ve**”. Por eso Jesús ama: porque ve; y ve porque ama.

Tenemos aquí el episodio de la mujer sin nombre, a la que sólo conocemos por la “adúltera”. ¡Pobre!, sólo sabemos eso de ella. Pero... no es cierto, sabemos más, mucho más. Sabemos que es una mujer que se encontró con la mirada de Jesús y que, además, quería encontrarse con esa mirada. Sabemos que es una mujer que nos representa a todos los que somos pecadores y que, gracias a ella, tenemos la posibilidad de encontrarnos también nosotros con esa mirada que transforma.

La conducta de los defensores de la ley tiene una intención clara: en realidad el asunto de la mujer les da igual; ella, tan no tiene nombre, que para los guardianes de la ley solo significa un pretexto para tentar a Jesús, probarlo a ver si también pueden acusarlo a él de transgresor. Lo dice claramente el Evangelista. Debajo de sus acciones hay una trampa tendida a su persona. Les da exactamente igual su vida, si es pecadora o no, eso no importa: su asesinato solo será el medio para tratar de cazar a Jesús. En realidad, no la veían a ella, sino a sus actos. ¿Acaso no hacemos esto mismo muchas veces unos y otros?.

Entonces se escucha que dirigiéndose a Jesús le preguntan: « *¿qué dices?* ». Jesús guarda silencio, se produce un momento de máxima expectación y comienza a escribir en el suelo. Jeremías un día escribió: «*Los que no creen en Dios sus nombres serán escritos en el polvo*»²; tal vez Jesús estaba realizando ese acto profético. Los acusadores se impacientan e insisten en preguntarle. Ahora, la atención que estaba en un principio puesta en la mujer, Jesús ha conseguido que se desvíe de ella y se fijen en él: ahora todos le miran a él.

¹ Gustavo Adolfo Bécquer, poeta sevillano del romanticismo español. 1868

² Jr. 17,3

Jesús levanta la cabeza y mira con atención a los acusadores y a toda la muchedumbre que observa la escena; y de pronto dice unas palabras desconcertantes: *«El que esté libre de pecado que tire la primera piedra»*.

Sus palabras dan un giro total a la escena. Ellos hablaban de cumplimiento externo de la ley, pero él habla del corazón, de la actitud de fondo ante la vida. Ellos eran jueces descomprometidos; el Maestro les dice que la condición para poder enjuiciar y castigar es estar libre de pecado. ¿Quién puede decir en verdad que está libre de pecado en su corazón? Los acusadores son invitados a mirar hacia su interior, son remitidos a su propia verdad.

Es decir, que Jesús no entra en la dinámica de la acusación, la condena y la venganza. No les dice si están o no en pecado, sólo les pide que tengan capacidad de autocrítica, que sean lúcidos sobre su verdad profunda antes de condenar a nadie. Les está ofreciendo también a ellos la posibilidad de reconocer su pecado y ser alcanzados por su misericordia.

Es curiosa la similitud que tiene este episodio del evangelio con aquel otro de Lucas del hijo pródigo. [Tanto, que ya desde el principio algunos críticos dicen que este episodio de la adúltera no pertenece al evangelio de Juan, sino a Lucas]: basta poner los dos relatos juntos para darnos cuenta que el hermano menor aquí es la adúltera y el hermano mayor los acusadores. Los dos hermanos se juzgaban equivocadamente a sí mismos: solo el amor del padre de la parábola pudo darles luz de cómo él los veía.

Los acusadores se dieron cuenta de lo que Jesús les proponía; han sabido mirar a su interior y se van. Y, poco a poco, se quedan solos la mujer y Jesús: mirada con mirada: *«yo tampoco te condeno, y desde ahora no peques más»*.

Ella fue para siempre conquistada por su ternura y desde aquél entonces su vida se dedicó a conquistarlo a Él. Si conquistar significa, en el terreno del amor, que tú estés en el corazón de la persona amada, ser conquistada por Jesús significó en ella que su vida se dedicó, a partir de aquel instante, a que Él estuviera en su corazón para siempre. Eso es lo que a cada uno de nosotros, creo yo, en algún momento de nuestra vida nos pasó. Que Él nos miró porque estábamos en su corazón, y por eso nos amó. Darnos cuenta de eso es una gracia impresionante, la gracia de las gracias, y es lo que nos transforma por dentro y por fuera, lo que nos conquista. Si somos capaces de experimentar esa mirada entonces solo viviremos para ser conquistados por Él, para mirarlo como Él nos mira, para amarlo con el Amor que Él nos ama: con el Espíritu Santo, el que se nos dio cuando Él murió y resucitó. Esa mirada de Jesús es, en realidad, el Espíritu Santo